

Sucedióla en el trono Jaime I, cuyo advenimiento al poder hizo concebir esperanzas á los católicos por pertenecer á la casa de los Estuardos; pero el Monarca no heredó la fe de sus antecesores junto con su sangre. Educado según el espíritu y los principios del calvinismo escocés, se hizo decididamente anglicano, cuando comprendió que esta evolución favorecería los planes políticos que halagaban su ambición insaciable. Bajo de su cetro se declaró á los católicos incapacitados de ejercer la profesión de médicos, jueces, oficiales de corporaciones reconocidas y maestros de escuela ó de universidad; hizo obligatoria la intervención de la Iglesia anglicana en el nacimiento, matrimonio y muerte de todos, hasta de los católicos; y se sacrificaron indigna y bárbaramente muchos misioneros. Jaime I hizo obligatorio á todos sus súbditos el juramento de fidelidad á su doble soberanía, y el de defender que el Papa no tenía derecho alguno de deponerle de su autoridad y de absolver á sus súbditos del juramento de fidelidad.

Jaime I no pudo atraerse la simpatía de su pueblo; murió dejando sembrada su patria con los grandes gérmenes de discordia y de guerra que debieron explotar al advenimiento de Carlos I.

Todos los vientos sembrados en la infortunada Inglaterra desde Enrique VIII se desencadenaron á la vez al aparecer al frente de los destinos nacionales el príncipe Carlos. La autoridad, á la que se había despojado de su carácter paternal y de su representación celeste, era ya insostenible á los pueblos, que, al recibir el derecho de juzgar las cuestiones religiosas, lógicamente se sentían revestidos de la soberanía política.

Había nacido y alcanzaba ya amenazadoras proporciones la secta de los puritanos, para los cuales el orden jerárquico establecido por los reyes de Inglaterra en sustitución de la jerarquía católica no era más que un resto ó reminiscencia de las tradiciones romanas. Ellos alzaron el grito de guerra contra el episcopado nacional. El Rey, aconsejado por Land, arzobispo de Cantobery, resistía hasta á la crueldad, y pretendía contestar á los proyectos de abolición del episcopado anglicano con el establecimiento del mismo en Escocia. Mas la Escocia se levantó en masa, hubo guerra, y guerra desastrosa para el Monarca. El país apareció entonces fraccionado en las sectas de los independientes, los millenarios, los antinomianos, los niveladores; todas estas sectas se mancomunaron para combatir el anglicanismo episcopal, reuniendo en Westminster una diputación de todos ellos, para dar el triunfo al presbiterianismo.

Los presbiterianos destituyeron los profesores de las universidades, abolieron el libro de las plegarias comunes, en una palabra, derribaron piedra por piedra el edificio primitivo de la Reforma.

Sin embargo, las sectas unidas para destruir se hallaron profundamente divididas para edificar. Mientras los presbiterianos ingleses y escoceses querían establecer distinciones entre los ministros, constituir presbiterios, sínodos, asambleas, etc., los independientes, antinomianos, anabaptistas, erastianos y niveladores ó ecualitarios querían la más perfecta igualdad y confusión de clases y jerarquías, no querían sacerdotes ni culto. Oliverio Cromwell se declaró independiente, y fue el que dió el golpe de gracia al Rey, que pagó con su cabeza la fortuna de haber heredado el triste patrimonio de Enrique.

Aquella fue la época de la grande expiación. Todas las clases habían pecado contra el Señor y contra su Cristo, pues todos los que se habían compla-

cido con la desgracia de los justos, con el martirio de los sacerdotes, con la pobreza de la Iglesia, se vieron desconsideradamente tratados por las sectas vivificadas al calor del principio *libre examen*. El libre examen se había convertido en libre acción, y la libre acción se había dirigido contra el Rey rebelde al Papa, y contra la Iglesia gobernada y dirigida por el Rey rebelde.

Sobre el sepulcro de Carlos I, cerrado en 1649, se levantó la república, que fue destruida por Carlos II, quien tuvo la misión de continuar la guerra contra las sectas disidentes y la persecución contra la Iglesia católica.

Jaime II subió al trono resuelto á reinar según los consejos de la equidad y de la justicia. Su lema fue *libertad*, pero libertad general, libertad imparcial. Á la sombra de la bandera del libre examen no caben conciencias esclavas, dijo; y luego declaró á los católicos en el perfecto derecho de seguir sus inspiraciones y vocación religiosa.

Semejante lógica disgustó á los protestantes. El Catolicismo solo pedía la libertad para reconquistar el terreno perdido; la Iglesia anglicana sabía perfectamente que para sostenerse necesitaba el privilegio exclusivo de enseñar, de orar, de adorar.

Jaime II fue destronado á causa de su ánimo imparcial en el gobierno, y de su corazón sinceramente católico.

Guillermo III, y Jorge I y II siguieron la política impuesta por el anglicanismo triunfante. Condición indispensable para gobernar era remachar un poco las cadenas de los católicos, que á un mismo tiempo eran perseguidos como amigos de la autoridad espiritual del Papa y como partidarios de los Estuardos.

Bajo las ruinas de la disciplina se iba sepultando la fe cristiana de Inglaterra. El anglicanismo abrió la puerta al socinianismo. Whiston, Clarke, Newton, llegaron á profesar doctrinas arrianas. La santísima Trinidad era negada por las escuelas universitarias; la incredulidad se hizo sinónimo de sabiduría; filosofar equivalía á negar para hombres que, como Collins, Bollingbroke, Hume, Gibbon y otros, solo se inclinaban ante la propia razón.

Las invasiones insolentes de los filósofos en el terreno de la fe; la audacia de sus negaciones espantó á los jefes del anglicanismo, que empezaron á reconocer la conveniencia de no anonadar definitivamente á los católicos. Á últimos del siglo pasado, cuando en Francia llegó á su período álgido la persecución católica, Inglaterra abolió los estatutos opresivos de Guillermo III; en 1791 los católicos obtuvieron libertad completa de religión, y en 1828, reinando Guillermo IV, obtuvieron el reconocimiento del derecho de levantar templos y establecer colegios y hospitales, asilos y demás obras de instrucción y auxilio.

En el entre tanto cierta secta ó escuela protestante ejercía inconscientemente una misión salvadora en el seno del anglicanismo. Pusey, eminente profesor de la universidad de Oxford, insistía en sus estudios serios de la tradición religiosa, llamando la atención de los sabios sobre la patología. Pusey ponía á muchos espíritus en el verdadero camino de la fe. Las doctrinas de los Padres son las doctrinas de Roma. Las protestas anglicanas no tienen base alguna sólida en las notables apologías de la Iglesia de JESUCRISTO gobernada por el sucesor de Pedro. Muchas eminencias anglicanas encontraron en los escritos de los santos Padres la puerta de Roma, y viéndola hermosa, consecuente y digna, entraron por ella.

Este movimiento de retorno obedece á la ley que parece haber presidido á la historia anglicana.

El anglicanismo ha llevado constantemente en el seno el principio ó germen de una lucha entre dos elementos de opuestas tendencias; la Iglesia anglicana desde su origen presenta divididos sus fieles en dos agrupaciones, una que se esfuerza en conservar todo lo posible del dogmatismo y de la moral católica, á excepcion de la obediencia á la autoridad romana, y otra que aspira á confundir la Reforma inglesa con el protestantismo general; la *alta iglesia*, compuesta del clero superior, es la que conserva mas puntos de semejanza con la Iglesia católica.

La *alta iglesia* sostiene que la Iglesia es independiente del Estado, que la Iglesia de Inglaterra es una rama de la Iglesia universal; y pretende explicar la Escritura por la tradicion.

La *baja iglesia*, ó partido evangélico, se halla animada del espíritu volteriano; defiende la justificacion del hombre por sola la fe, la inutilidad de las buenas obras, y el libre é individual exámen como la única fuente ó criterio de interpretacion.

La *baja iglesia* es mas popular; sus adictos son mucho mas numerosos, su vida es mas espontánea y desinteresada; la *iglesia alta* tiene su fuerza en el apoyo gubernamental.

Como es natural, el Catolicismo recibe de la *alta iglesia* numerosos desertores. Es innegable la saludable reaccion que se obra en los espíritus ilustrados.

Uno de los mas distinguidos miembros de la universidad de Oxford, Lloyd, decia á sus alumnos: «Desde vuestra cuna se os ha inculcado que el primer deber es hablar mal de los católicos romanos. Pues bien, yo os declaro que esto es una torpeza. Cuando yo era jóven tuve la dicha de conocer á algunos «eclesiásticos emigrados de Francia, y os aseguro que jamás he tratado con «personas mas recomendables. De ellos aprendí muchas cosas acerca de la «Religion, y de ellos he deducido conclusiones diametralmente opuestas á lo «que se me enseñó desde la infancia.»

Estos conceptos equivalian á semillas preciosas que debian fructificar en el corazon de los jóvenes que los recogian. Eran suaves ráfagas del divino soplo que empujaban hácia adelante á las almas bien dispuestas.

Por otra parte, los absurdos aceptados y reconocidos por los anglicanos, el racionalismo siempre creciente en las escuelas oficiales, infundian temor á los que deseaban conservar el resto de la antigua fe. Cuando los hombres desapasionadamente religiosos veian que, por ejemplo, el Dr. Hampden era agraciado primero con una cátedra real y luego con una mitra, y recordaban que era el mismo que enseñó que el dogma augustino de la santísima Trinidad no era establecido por la revelacion, sino meramente el *resultado de la combinacion de las especulaciones racionales con las prescripciones de la autoridad*, desconfiaban de la divina mision de la Iglesia, que aceptaba, ó mejor, elegia como autorizados representantes y maestros á hombres de fe tan ligeramente basada.

Los desengaños llevados á los espíritus por el anglicanismo avivaban los estudios del Catolicismo.

Al horror al racionalismo, que invadia las convicciones, se contrapuso la simpatía al Catolicismo, que era la suprema esperanza de las almas vacilantes.

Al concluir el primer tercio de este siglo Inglaterra vió restaurarse, por mano de una secta anglicana, la celebracion de la santa misa, los siete Sacramentos, en particular los de la Confesion y Extremauncion, los oficios cotidianos, el uso del Breviario, los sufragios para los difuntos, los ayunos y abstinencia.

Además de las dos fuerzas impulsivas hácia el Catolicismo, de que acabamos de hacer mencion, existia otra, y era el convencimiento cada dia mas íntimo en los discípulos de la escuela investigadora de la tradicion religiosa, de que era indispensable á la Iglesia la unidad.

Y como la unidad solo aparece en la Iglesia católica, de ahí las tendencias cada dia mas pronunciadas de los tradicionalistas hácia Roma.

Por desgracia, el retorno franco y sincero al seno de la Iglesia católica no era colectivo. Á pesar de los numerosos y eminentes individuos que abjuraban sus errores, y se entregaban fervorosamente á las inspiraciones de su conciencia ilustrada por la razon y la fe, la escuela persistia en el principio de independencia. El protestantismo perdía soldados, manteniendo alta su bandera.

Las costumbres creadas por la Reforma habian adquirido su fuerza y su imperio, y oponian una resistencia tenaz al movimiento de retorno.

«Algunos de los promotores de aquella reaccion, dice el P. Ramière, de la «Compañía de Jesús (1), no decidiéndose á abrazar toda la verdad, ni á permanecer en un sistema cuyo vacío é inconsecuencia les era preciso reconocer, abandonaron toda religion positiva, y se lanzaron al escepticismo. La «masa del partido, sin repudiar sus primeras tendencias, les dió muy diversa «direccion. Acordóse abandonar el terreno candente de las cuestiones dogmáticas, siempre funestas al anglicanismo, y adherirse á las prácticas y ceremonias propias para avivar el glacial marasmo de su culto. Se jactaron «de poder retener por tal medio á las almas ardientes, que se sentian tentadas á buscar en la Iglesia católica la satisfaccion de sus piadosas aspiraciones.»

«De ahí un segundo movimiento, comparable al primero en su forma exterior, pero diametralmente opuesto en su espíritu. Como treinta años atrás, hoy se atiende á la antigüedad, y se restablecen muchas instituciones derribadas por la revolucion del siglo XVI; pero, así como entonces se persistia «en hacer triunfar la doctrina de la Reforma, hoy la Reforma solo se ocupa en «llevar adelante su ritual. Treinta años atrás se ponía mas empeño en ser católico que en persistir antiromano; hoy parece que los esfuerzos de los anglicanos se consagran á permanecer alejados de Roma, y á neutralizar la «atraccion que ejerce sobre las almas, por los mismos medios que á la sazón «se empleaban para secundarla. Esto explica la mayor benevolencia de las «autoridades anglicanas respecto al actual movimiento. Permítese de buen «grado al Dr. Pusey establecer comunidades á semejanza de nuestras Órdenes «religiosas, confesar é imitar á su grado las demás prácticas de la Iglesia católica. No se truena hoy, como en otro tiempo, contra los ornamentos sacerdotales, los candeleros, los altares ricamente adornados, el incienso. Toleranse y apláudense hoy aquellos actos antes anatematizados como uso de la «*idolatría papista*.

«Es preciso confesar que, desde que se ha dado esta direccion al movimien-

(1) *Le mouvement catholique dans l'anglicanisme.*

«to neo-anglicano, son menos numerosas las conversiones al Catolicismo. En «cambio, nos aseguran que en el seno del anglicanismo se opera una revolu- «cion notable.

«Actualmente existe en Oxford, y en otros puntos de Inglaterra, gran nú- «mero de jóvenes que se confiesan y reciben frecuentemente la Cena, al paso «que cuarenta años atrás la confesion estaba en completo desuso, y apenas «si la Cena se celebraba cada tres meses en los oratorios de los colegios. Es «imposible que estas prácticas, aun desnudas de toda gracia sacramental, de- «jen de ejercer benéfica influencia en la conducta de los que las adoptan. «¡Bendigamos á Dios por el mal que se evita, y el bien que se obra, por el «amor á las mismas! pero debemos presumir que en la actualidad este es uno «de los mayores obstáculos que mantienen alejados de la unidad católica á los «hombres cuyas aspiraciones íntimas á ella les inclinan. Entre aquellos fru- «tos producidos por la imitacion de las prácticas católicas, ven ellos la pre- «sencia del Espíritu Santo en su sociedad, y por consiguiente reconocen una «especie de divino atestado en favor del sistema doctrinal que se han capri- «chosamente combinado. Olvidan que el metodismo ofreció en su origen efec- «tos semejantes; no observan que el espiritismo se gloria, como ellos, de te- «ner un testimonio de la eficacia de sus enseñanzas en la reforma de las cos- «tumbres que opera. En vano las páginas de la antigüedad eclesiástica, que «invocan, les gritan con voz unánime que el primer deber del cristiano es «permanecer unido á la Iglesia católica, y que todas las notas son engañosas, «si no las acompaña el carácter de la unidad; ellos persisten en sostener que «están dentro de la unidad, pues que tienen á su favor el Espíritu Santo, y «que la Iglesia anglicana, aunque separada exteriormente de las demás igle- «sias, es en realidad una rama viva de la grande Iglesia católica.»

Pero ¿en qué puede basar su pretension de participar de la sávia vivifi- «cante que sostiene y fecundiza el árbol de la Iglesia universal una secta que hace alarde de profesar la mas repugnante indiferencia en materia de fe? Existe en la historia contemporánea del anglicanismo un hecho que por sí solo califica de irrefutable manera el espíritu que preside á sus operaciones.

En 1847 un eclesiástico conocido por sus ideas heréticas respecto del Bau- «tismo, cuya eficacia negaba sin embozo, fue nombrado cura párroco de la parroquia de Bramfordspeke, diócesis de Exeter. El obispo anglicano de la misma se negó á dar colacion canónica al presentado, atendida la notoria herejía de sus doctrinas. El electo apeló al tribunal metropolitano, que senten- «ció á favor del obispo, Dr. Philpots; apelóse el cura al Consejo privado, que anuló la sentencia metropolitana. Á su vez el Obispo apeló al tribunal de Es- «tado, que despues de ruidosos debates declaró al hereje con capacidad sufi- «ciente y derecho expedito á la institucion canónica. El Obispo de Exeter obe- «deció, no sin dirigir á los feligreses del hereje Mr. Gorham una especie de carta pastoral, en la que les advertia que el pastor que les enviaba contra su propia voluntad estaba contaminado, y, por lo tanto, que debian evitar el ad- «herirse á sus enseñanzas.

Semejante hecho excitó el celo de los puseistas, quienes declararon que la Iglesia anglicana estaba obligada á purgarse solemnemente de la mancha de herejía que sobre ella habia derramado la sentencia del Consejo privado.

El anglicanismo hizo el sordo á tan justa protesta, evidenciando una vez mas que para él las cuestiones doctrinales carecen de importancia.

No han transcurrido todavía diez años que otro hecho análogo demostró que el anglicanismo continuaba en los mismos grados de indiferencia doctrinal. Algunos individuos distinguidos del clero anglicano publicaron, con el título de *Essays and reviews*, un libro á todas luces racionalista, en el que se combatian, no solo muchos dogmas revelados, sino hasta la divina inspira- «cion de las santas Escrituras. Aquel escrito leído con avidez produjo un es- «cándalo inmenso, contra el que el clero creyó deber protestar. Elevóse una acusacion al *Consejo privado*, para que declarara heréticas y antianglicanas las doctrinas en el *Essays* enseñadas; y en efecto, así lo juzgaron convenien- «te los vocales eclesiásticos del Consejo, pero el lord canceller y los demás jue- «ces láicos no participaron de aquella opinion. El libro racionalista fue ab- «suelto, con lo que auténticamente quedó demostrado, primero, que la herejía y la incredulidad podian ser enseñadas por los doctores de la Iglesia de In- «laterra, con tal que acertaran á revestirlas de ciertas formas propias á ha- «cerlas penetrar suavemente en los espíritus; segundo, que las cuestiones evi- «dentemente eclesiásticas pueden ser decididas por el voto de los jueces lái- «cos, con tal que obtengan mayoría sobre el dictámen de los obispos.

Bastan los dos hechos que acabamos de relatar para dejar en evidencia que el anglicanismo carece de fe, y una Iglesia sin fe ¿qué mision puede des- «empeñar en el reino de las almas?

El anglicanismo cuenta con una jerarquía de prelados y dignidades, sos- «tenida opulentamente por el Estado, y esta es la principal causa de la tole- «rancia doctrinal de los pastores. Subordinados á la autoridad de un rey ó de una reina, carecen de independecia en los fallos dogmáticos.

En Inglaterra, además del monarca, que reúne la calidad de pontífice, existen

	Libras est.
Dos arzobispos (Cantorbery y York) con una renta anual cada uno de . . . . .	26,465
Veinte y cuatro obispos con. . . . .	10,174
Veinte y ocho deanes con. . . . .	1,580
Sesenta y un arcedianos con. . . . .	739
Veinte y seis cancelleres con. . . . .	494
Quinientos catorce prebendados con. . . . .	545
Trescientos treinta grandes chantres, vicarios generales y otros dignatarios con. . . . .	338
Dos mil ochocientos ochenta y seis pluralistas, ó sea, curas que disfrutan varios beneficios parroquiales, que por término medio á cada cual vale, incluso los diezmos y adventicio. . . . .	1863
Cuatro mil trescientos cinco beneficiados, con una sola preben- da, que por término medio les vale. . . . .	764

Como se ve, el clero anglicano tiene perfectamente retribuida su indife- «rencia doctrinal.

De todo lo expuesto se deduce que el anglicanismo ha carecido constante- «mente de espíritu religioso, y que su vida está exclusivamente basada en el «artificio político. De ahí el que siempre que se ha aflojado la opresion guber- «namental el Catolicismo ha dado testimonio incontrovertible de conservar vi- «gorosas semillas en los sentimientos del antiguo pueblo de los Santos. Los jus- «tos de Inglaterra no han cesado de creer un solo momento en la resurreccion «de la Iglesia, madre de la civilizacion de aquel país.

De ahí el que, en el período corto que medió desde el año 1820 á 1850, el número de católicos subiera en aquella isla de cuatrocientos mil á dos millones, repartidos en la siguiente proporción: Lóndres cerca de doscientos mil; Liverpool ciento cincuenta mil; Manchester ochenta mil; y los demás en el resto de la Gran Bretaña.

En el quinquenio de 1845 á 1850 el movimiento favorable al Catolicismo fue sorprendente. Como si el Espíritu Santo soplara con divino ímpetu la llama de su purificante amor sobre la sociedad anglicana, notóse una conversión extraordinaria hácia los buenos principios.

Por aquellos días lord Feilding, jóven de grandes esperanzas, miembro del Parlamento, entusiasta anglicano, presidente de un club de francmasones de Lóndres, prestó atención detenida á las discusiones religiosas entabladas entre los sectarios y los católicos. Buscó la luz, y Dios no le dejó en tinieblas.

«Aunque con el mas profundo sentimiento, decia aquel eminente lord, de que las sendas del deber hayan parecido conducirme en direcciones opuestas, yo me encuentro en la necesidad de informar á la sociedad de *Coventry-Church-Union*, cuyas funciones de presidente, que he llenado por largo tiempo, han hecho mi orgullo y mis delicias, que desde hoy me separo de ella. Despues de muchas investigaciones y reflexiones, despues de fervientes y sinceras súplicas al Dios de toda verdad, para que se dignase servirme de guia, he llegado á la entera convicción y á la persuasión profunda de que, despues de hecha la Reforma, las pretensiones de la Iglesia oficial de Inglaterra son infundadas, y que la Iglesia romana es la única comunión que tiene justos títulos al nombre de católica; en consecuencia, esta mañana he sido admitido en su seno; y si una conciencia limpia es indicio de verdad, no me cabe la menor duda de la rectitud de mi proceder.»

En los inmediatos meses la comunión protestante se vió abandonada por una pléyade de escogidos varones, entre los que citarémos algunos:

El R. Carlos Cavendish, M. A. del colegio de la Trinidad, en Cambridge, cura de Little-Casterton, en el condado de Rutland; el R. W. Wilberforce, cura de East-Farleigh, condado de Kent, hermano del obispo anglicano de Oxford; el R. W. Maskell, M. A. del colegio de la universidad de Oxford, autor de varias obras sobre liturgia, capellan examinador del obispado de Exeter; el R. E. Estuardo Bathurst, M. A. antiguo *fellow* del colegio de Merton, en Oxford, cura de Kibworth Beauchamp, en el condado de Leinster, hijo del difunto obispo de Norwich; el R. Tomás W. Allies, M. A. antiguo *fellow* del colegio de Wadham, en Oxford, cura de Launton, en el condado de Oxford, antiguo capellan examinador del obispado de Lóndres, redactor de un periódico protestante publicado en Francia, con quien habia sostenido una viva polémica el obispo de Oxford; el R. Carlos B. Garside, M. A. del colegio de Brazenoze, en Oxford, vicario de la capilla de Santa Margarita, en Lóndres; el R. J. H. Bodley, M. A. del colegio de la Reina, en Cambridge, vicario de la capilla del arzobispo Tenisson, en Lóndres; el R. J. H. Wynne, M. A. *fellow* del colegio de *All-Souls*, en Oxford; el R. Tomás Seratton, B. A. de la iglesia de Cristo, en Oxford, traductor de los tratados de san Agustín sobre los Salmos por la biblioteca de los santos Padres, que se publica en Oxford, vicario de Bensington; el R. Carlos Balston, M. A. del colegio de Cristo, en Oxford, vicario inamovible de Bensington; el R. Eduardo Ballard, M. del colegio de

Wadham, en Oxford; el R. Jorge Gage, M. A. del colegio de Brazenoze, en Oxford, vicario de la capilla de Santa Margarita, en Lóndres; el R. W. L. Patterson, M. A. del colegio de Trinidad, en Oxford, secretario de la sociedad arquitectónica de la misma ciudad; Jorge Federico Wascon Ballard, esq. del colegio de Worcester en Oxford; el honorable C. Pakenham, del cuerpo de granaderos de la guardia, hermano del conde de Longford, par de Inglaterra, y primo del duque de Wellington; Enrique Worthington, esq. de Fairfield, cerca de Manchester; Jorge Bowyer, esq. D. C. L. de la universidad de Oxford, lector de Midle Temple, y uno de los jurisconsultos de Inglaterra mas distinguidos en el derecho canónico; Jorge Ballard, esq. del colegio de Worcester, en Oxford, padre del genleman de este nombre; E. W. Scott, esq. de la parroquia de Santa Margarita, en Lóndres; Nataniel Goldsmitt, esq. M. A. del colegio de Exeter, en Oxford, abogado; E. Windeyer, esq. del colegio del Rey, en Lóndres; Roberto Beverly Tillottson, esq.; Mme. W. Wilberforce, hermana del obispo anglicano de Oxford, esposa del antiguo miembro del Parlamento por Hull, é hija del difunto R. J. Owen de Fulham, secretario de la sociedad bíblica; Mme. W. Wilberforce, mujer del R. W. Wilberforce, cura de East-Farleigh, de quien se ha hablado antes, hermana del obispo de Oxford y del arcediano Manning; Mlle. Peel de Lariggan, hermana de sir Lorenzo Peel, presidente del supremo tribunal de Calcuta, y prima hermana del difunto sir R. Peel; Mme. Th. W. Allies, mujer del R. M. Allies, cura de Taunton; la vizcondesa Feilding, mujer de lord Feilding; Mme. H. Foljambe, viuda de un eclesiástico inglés del condado de Nottingham, cuya familia ocupa una elevada posición; Mlle. Francisca M. G. Lescon, hija del difunto R. T. C. Lescon, cura de Bath; Miss. L. A. Lechmere, hija de sir y de lady Edmond Lechmere, del condado de Worcester, prima hermana del obispo anglicano de Worcester; Mme. Wootten, viuda del ilustre Dr. Wootten, de Oxford; las señoritas Woodvarts, nietas de lord Middleton, y del honorable y R. M. Broderick, rector de la iglesia de la Abadía, en Bath; Mme. Hewitt, mujer del honorable M. Hewitt, primogénito de lord Lifford, é hija de lord Gosford, y Mme. Goldsmid, mujer del abogado de este nombre.

Pro IX, cuya mirada penetrante tiene el privilegio de descubrir la oportunidad de las cuestiones, comprendió que la disolución del protestantismo inglés habia llegado ya al punto de hacer posible un paso trascendental para el desarrollo del espíritu católico. Á la desorganización creciente del anglicanismo Pro IX quiso oponer la perfecta organización de la Iglesia católica. Las leyes de la antigua intransigencia habian caído en desuso; el Papa, aprovechándose de aquella derogación llevada á efecto por la práctica, obró con la plenitud de su soberanía sobre la Iglesia de Inglaterra.

Las letras apostólicas restableciendo la jerarquía católica en aquel país constituyen uno de los mas notables documentos del actual pontificado, por lo que merecen ser insertadas y leídas con respeto.

#### PIO PAPA IX.

##### PARA PERPÉTUA MEMORIA.

«La potestad de gobernar la Iglesia universal, confiada por Nuestro Señor JESUCRISTO al romano Pontífice en la persona de san Pedro, príncipe de los Apóstoles, ha conservado en todos los siglos esa admirable solicitud de la Si-

lla apostólica, con la que mira en todas partes por el bien de la religion católica, y provee cuidadosamente á sus adelantamientos. Así se cumplian los designios de su divino Fundador, el cual, estableciendo una Cabeza, un Jefe, atendió con singular sabiduría á la incolumidad de la Iglesia hasta la consumacion de los siglos. De los efectos de esta pontificia solicitud participó entre otros pueblos el inclito reino de Inglaterra, cuyas historias atestiguan que ya desde los primeros siglos de la Iglesia fue introducida en la Gran Bretaña la religion cristiana, y que despues llegó allí á estar muy floreciente; pero que á mediados del siglo V, despues de la invasion de los anglos y sajones en aquella isla, sufrieron grandes descalabros, y quedaron reducidas á un estado muy deplorable, no solo las cosas públicas, sino tambien la Religion. Pero al mismo tiempo se sabe que nuestro santísimo predecesor Gregorio el Grande, enviando primeramente al monje Agustin y sus compañeros, y elevándole despues así como á otros muchos á la dignidad episcopal, y agregándoles una multitud de monjes sacerdotes, logró que los anglo-sajones abrazasen la religion cristiana, y consiguió en su virtud que en toda la Gran Bretaña, que entonces empezó tambien á llamarse Inglaterra, se restableciera y extendiese la religion católica. Mas, para mencionar sucesos mas recientes, en toda la historia del cisma anglicano ocurrido en el siglo XVI nada creemos aparece con mas evidencia que la activa y nunca interrumpida solicitud de los romanos Pontífices, nuestros predecesores, para volar en socorro de la religion católica, y ampararla por todos los medios posibles expuesta como se hallaba allí á los mayores peligros y reducida al mayor apuro. Á este fin se encaminaban, entre otras cosas, cuantas disposiciones se tomaron por los Sumos Pontífices, ora mandándolas por sí mismos, ora aprobándolas, para que jamás faltasen en Inglaterra quienes allí cuidasen de las cosas católicas, y tambien para que los jóvenes católicos de buena indole, viniéndose desde Inglaterra al continente, fuesen educados y se intruyesen sobre todo diligentemente en las ciencias eclesiásticas, los cuales, revestidos luego con las órdenes sagradas y regresados á su patria, se dedicasen asiduamente y con la mayor solicitud á socorrer á sus compatriotas con el ministerio de la divina palabra y de los Sacramentos, y á defender y propagar la verdadera fe.

«Pero tal vez aparecerá aun con mayor evidencia lo que se refiere á la solicitud y celo de nuestros predecesores para que los católicos ingleses, á quienes la mas cruel y furiosa tempestad habia privado de la presencia y cura pastoral de los obispos, volviesen á tener prelados revestidos del carácter episcopal. Ya en las letras apostólicas de Gregorio XV que comienzan *Ecclesia romana*, fechadas en 23 de marzo de 1623, aparece que el Sumo Pontífice, tan luego como pudo, envió, para gobernar á los católicos de Inglaterra y de Escocia, á Guillermo Bishop, consagrado obispo de Calcedonia, con facultades amplias y con la potestad propia de los ordinarios; lo cual fue luego renovado por Urbano VIII, cuando muerto Bishop envió á Ricardo Smith en 4 de febrero de 1625 otras letras apostólicas parecidas á las anteriores, concediendo á Smith el episcopado calcedonense y las mismas facultades que habian sido concedidas á Bishop. Despues, á principios del reinado de Jaime II, pareció asomaban dias mas tranquilos para la religion católica. Aprovechando inmediatamente esta oportunidad Inocencio XI, nombró en 1685 á Juan Leyburn, obispo de Adrumeto, vicario apostólico de todo el reino de Inglaterra. Despues y con otras letras apostólicas expedidas en 30 de enero de 1688, que co-

mienzan: *Super Cathedram*, agregó á Leyburn otros tres obispos *in partibus infid.* como vicarios apostólicos. Por manera que, mediante la cooperacion de Fernando, arzobispo de Amasia, nuncio apostólico en Inglaterra, aquel Pontífice dividió toda la Inglaterra en cuatro distritos, á saber: el de Lóndres, el Occidental, el del Centro y el Septentrional, los cuales comenzaron á ser gobernados por vicarios apostólicos revestidos de las facultades correspondientes y de la potestad propia de los ordinarios. Para el puntual y exacto cumplimiento de tan difícil cargo diéronles reglas y auxilios con su autoridad y sapientísimas respuestas, así Benedicto XIV en su constitucion expedida en 30 de mayo de 1753, que comienza: *Apostolicum ministerium*, como otros Pontífices, nuestros predecesores, y nuestra congregacion de *Propaganda Fide*. Esta division de toda la Inglaterra en cuatro vicariatos apostólicos duró hasta el tiempo de Gregorio XVI, quien en sus letras apostólicas de 3 de julio de 1840, que empiezan: *Muneris apostolici*, teniendo especialmente en consideracion el incremento que en aquel reino habia tomado ya la religion católica, y haciendo una nueva division eclesiástica del país, dobló el número de los vicariatos apostólicos, y encomendó el gobierno espiritual de la Inglaterra á los vicarios apostólicos de Lóndres, del Occidente, del Oriente, del Centro, de Gales, de York y del Norte. Lo poco que hasta aquí hemos expuesto rápidamente, y pasando en silencio otras muchas cosas, demuestra evidentemente que nuestros predecesores se dedicaron con el mayor interés y celo á emplear cuantos medios les suministraba su autoridad para consolar á la Iglesia de Inglaterra en sus grandísimas calamidades, y hacer todos los esfuerzos por restaurarla y levantarla de nuevo.

«Teniendo, pues, á la vista este preclaro ejemplo de nuestros antecesores, y deseando imitarle en cumplimiento de los deberes del supremo apostolado, siguiendo además en esta parte los impulsos de nuestro corazon y el afecto que profesamos á esa querida porcion de la viña del Señor, nos propusimos ya desde los primeros dias de nuestro pontificado proseguir una obra tan bien comenzada, y dedicarnos con especial solicitud á que de dia en dia vaya en aumento el progreso y adelantamiento de la Iglesia en aquel reino. Por tanto, tomando en seria consideracion el actual estado del Catolicismo en Inglaterra, reflexionando además en el gran número de católicos que de dia en dia van en aumento, y juzgando que de cada vez van desapareciendo los obstáculos que tanto se opusieron allí á la propagacion de la religion católica, hemos creído llegado ya el dia en que pueda restablecerse en Inglaterra la forma del gobierno eclesiástico, del modo que lo está en otras naciones en las que no hay causa alguna especial para que se rijan por un medio extraordinario, cual es el de los vicarios apostólicos. Conociamos que las circunstancias de los tiempos y de las cosas han hecho que ya no sea necesario sigan siendo regidos y gobernados por vicarios apostólicos los católicos de Inglaterra; sino que antes bien se habia efectuado allí tal cambio de cosas, que exigia la forma del gobierno episcopal ordinario. Á esto se agrega que los mismos vicarios apostólicos nos han pedido unánimemente esto mismo, que nos han suplicado esto mismo muchísimas personas, así eclesiásticas como seculares, respetables por su virtud y su rango, y que lo desean en Inglaterra otros muchísimos católicos. Al tomar todo esto en seria consideracion no hemos omitido implorar el divino auxilio, á fin de que en un asunto tan grave pudiéramos entender y llevar á debido efecto lo que fuera mas conveniente para el bien y adelantamiento